

CAPÍTULO V

ACERCA DE LOS VINCULOS HUMANOS Y LA ESCLAVITUD

David E. Schecter

Uno de los problemas centrales enfrentados por los seres humanos es la tensión polar entre el esfuerzo hacia la individuación y el anhelo de una unidad simbiótica con alguna persona, grupo o “poder” exterior al propio yo. La universalidad de este dilema humano se origina, en parte en el desamparo biológico del recién nacido que, para su misma supervivencia y desarrollo, requiere protección, nutrición y estimulación prolongadas. La forma específica de la unidad simbiótica y las cualidades del proceso de individuación son, desde luego, en gran medida función de la cultura y familia concretas en que se desarrolla el niño. En la India y en algunos países del Mediterráneo el niño experimenta una dependencia y una unidad con la madre mucho más prolongadas que el niño de la clase media norteamericana, del cual se espera que el destete, el control de esfínteres y la individuación psíquica tengan lugar a una edad mucho más temprana. No obstante, en todas las culturas –aun en aquellas familias extensas o clanes– se experimentan grados variables de individuación psíquica, los que derivan de las fuerzas para la maduración desplegadas en el organismo así como de la formación cultural. El desarrollo familiar o individual podría considerarse como una lucha o conflicto para lograr un cierto equilibrio entre las tendencias polares de la individuación y la fusión simbiótica.

En 1941, en *El miedo a la libertad*¹, Erich Fromm distinguía dos tipos de vínculos humanos: 1) “lazos primarios”, que son “orgánicos, en el sentido de ser parte del desarrollo normal” y “existen antes del proceso de individuación”²; y 2) “vínculos secundarios”, que actúan como un “sustituto de los vínculos primarios que se han perdido”³. Fromm, describió los vínculos secundarios como mecanismos de huida del terrible sentimiento de separación, soledad, impotencia e inferioridad derivados de una individuación defectuosa y de las subsecuentes formas inadecuadas de relación. Presentó entonces el concepto de *simbiosis*, que “significa la huida de un yo individual con otro yo (o cualquier otro poder exterior al propio yo) de modo tal que ambos pierden la integridad de su propio yo y que se hacen completamente dependientes el

uno del otro”⁴. Al considerar estos tres últimos conceptos como totalmente ligados entre sí se obtuvo una nueva y más profunda comprensión del autoritarismo, el sadomasoquismo y la relación simbiótica. Se vio entonces que la persona sádica necesita su objeto tanto como la masoquista necesita el suyo. Ambos tipos caracterológicos –el sádico y el masoquista– fueron vistos como esencialmente autoritarios e incapaces de soportar la “soledad del propio yo individual que conduce al impulso a entrar en relación simbiótica con algún otro. [...] hay una constante oscilación entre los lados activo y pasivo del complejo simbiótico [...]”⁵. En *The Heart of Man*, Fromm adopta una perspectiva más evolutiva de la simbiosis cuando afirma que sería un error usar el concepto de “dependencia” cuando se habla del vínculo simbiótico, puesto que la “dependencia” presupone “la clara distinción de dos personas, una de las cuales depende de la otra”⁶.

Es significativo para la historia del psicoanálisis que en 1941, cuando los complejos de Edipo y de castración gobernaban como principales fuentes motivacionales del comportamiento, Fromm haya observado que el temor del hombre a la separación era una fuente aun más primaria de motivación en su conducta interpersonal. En los 30 años siguientes las investigaciones vinculadas con el psicoanálisis y los primeros años de la evolución infantil habían de seguir una dirección similar. Los trabajos de Spitz⁷, Bowlby⁸ y Mahler⁹, por ejemplo, subrayaron, mediante la observación directa de infantes, lo que Fromm había presentado como hipótesis en relación con su trabajo psicoanalítico y sociopsicológico. La finalidad de este trabajo es señalar algunos de los precursores evolutivos individuales de los conceptos de Fromm referentes al dilema último del hombre –el temor y el deseo de ser libre– así como algunas observaciones de niños pequeños relacionadas con las “respuestas” a este dilema. Tres clases de respuestas evolutivas o sistemas de tendencia –que sólo groseramente corresponden a los “mecanismos de huida” y “orientación productiva” que Fromm describió como los medios humanos de enfrentar el sentimiento último de separación y finitud– podrían agruparse del siguiente modo:

- I Apego, simbiosis, relación
- II Individuación, desapego, aislamiento
- III Integración, reconciliación, creación

En este artículo nos ocuparemos sólo de los dos primeros grupos.

⁴ *Ibid.*, pág. 158.

⁵ *Ibid.*, pág. 158.

⁶ Erich Fromm, *The Heart of Man* (Nueva York, Harper and Row, 1964), pág. 104.

⁷ Rene Spitz, *The First Year of Life: A Psychoanalytic Study of Normal and Deviant Development of Object Relations* (Nueva York, International Universities Press, 1965).

⁸ John Bowlby, *Attachment and Loss*. Vol. I. *Attachment* (Nueva York, Basic Books, 1969).

⁹ Margaret Mahler, en colaboración con Manuel Furer, *On Human Symbiosis and the Vicissitudes of Individuation* (Nueva York, International Universities Press, 1968).

¹ Erich Fromm, *Escape from Freedom* (Nueva York, Rinehart and Co., 1941).

² *Ibid.*, pág. 25.

³ *Ibid.*, pág. 141.



Se verá que cada clase de respuesta tiene posibilidades sanas y patológicas, de acuerdo con el contexto evolutivo en que aparece y de la función defensiva que puede cumplir en relación con la ansiedad y el stress. La clase III se refiere a las integraciones y reconciliaciones que surgen, en parte, de los conflictos y tensiones generados por las ansias infantiles por lograr la fusión, la dependencia, y los esfuerzos por lograr la autonomía personal, que representan la progresión evolutiva desde las etapas simbióticas relativamente globales hasta las etapas más diferenciadas de individuación que se considerarán en este trabajo. Algunas de estas formas de integración de más alto nivel incluyen: la creciente elaboración a través de la ambivalencia (la reconciliación de las personificaciones malas y buenas disociadas); el movimiento que va de la exclusividad, posesividad y control hacia las relaciones mutuas; el desarrollo y la elaboración de la imaginación, el juego, la capacidad creadora y un conjunto de ideales, que funcionan como medios que permiten alcanzar integraciones de niveles nuevos. Por ejemplo, en el movimiento que va desde el uso simple de objetos de transición hasta el juego dramático estructurado, el niño puede alcanzar progresivamente el sentimiento de crear su mundo, en la medida en que es, al mismo tiempo, el productor, el director y el actor de su drama.

I. Apego, simbiosis, relación

Este grupo de comportamientos y actitudes se refiere a las tendencias en las que una persona se halla o coloca en proximidad o en relación con otra persona o personas. En su reciente reformulación teórica, Bowlby abandona su anterior teoría de los “impulsos instintuales” y la reemplaza con un modelo etológico más complejo donde determinados sistemas de comportamiento son activados *en interacción con el ambiente*, de modo que la proximidad a la madre se convierte en una “meta prefijada”¹⁰. No obstante, Bowlby conserva la orientación conductista, subestimando los aspectos psicoanalíticos de la conducta de apego, es decir, las *representaciones mentales* o *personificaciones* de la madre en el infante y del infante en la madre, y el modo en que éstas se influyen recíprocamente.

Mahler se ha concentrado más específicamente en las etapas evolutivas patológicas y —en sus últimos trabajos— normales de la simbiosis y la separación-individuación. Considera así que la madre funciona como el “yo ejecutivo” para el yo relativamente indiferenciado y desamparado del infante, dentro de una “unidad dual”¹¹. En la medida en

¹⁰ Bowlby, *op. cit.*, págs. 179-180.

¹¹ Como en los casos de Fromm y Sullivan, que pasaron de una teoría libidinal de los impulsos a otra de las relaciones interpersonales, el concepto de simbiosis de Mahler está desarrollado sobre todo en términos sociales, v. g., “La relación de parásito-huésped intrauterina [...] debe ser reemplazada en el período posterior al nacimiento por otra en la que el infante, por así decirlo, se halla envuelto en la matriz extrauterina de los cuidados de la madre, una especie de *simbiosis social*” (Margaret Mahler, “On Child Psychosis and Schizophrenia: Autistic and Symbiotic Infantile Psychoses”, *The Psychoanalytic Study of the Child*, 7 [1952], págs. 286-305).

que el yo del infante y sus funciones desarrollan su capacidad para diferenciar el yo y el otro, para alcanzar y luego moverse hacia una meta y lograr una relativa autonomía y dominio en una cantidad de otras funciones del yo, se dice que el infante “rompe” la membrana simbiótica y alcanza un comienzo de identidad (*selfhood*) individuada¹².

Es útil conceptualizar la primera relación humana (madre-hijo) para tratar de ir más allá del modelo del comportamiento de apego, conductista y descriptivo, de Bowlby y del modelo simbiótico de Mahler, con el fin de desarrollar un modelo de *relación recíproca* que sea más plenamente evolutivo e interaccional. En este modelo, no sólo se considera que el infante pasa a través de cambios evolutivos y de maduración, sino que también la madre, y desde luego el *conjunto familiar* y la matriz *cultural*, tienen un efecto de realimentación transaccional sobre el infante, y viceversa¹³. De acuerdo a nuestras propias observaciones de parejas madre-hijo, la *madre* también puede ser vista como parte de la unidad simbiótica a partir de la cual *ella* gradualmente conquista su “individuación”, particularmente en relación recíproca con diversos desarrollos del infante. Por ejemplo, entre el tercer y cuarto mes de vida, cuando el infante puede agarrar y llevar a la boca algunos objetos y así entretenerse, la madre se siente más dispuesta a dejar algún espacio y tiempo de vida entre ella y su hijo. Si la madre necesita aferrarse a la unidad simbiótica en cualquier etapa del desarrollo temprano y es amenazada por las capacidades recientes del infante para funcionar con mayor independencia, encontrará formas de obstruir —o al menos no facilitar— la individuación del bebé. Por otra parte, ahora también somos más sensibles a los retrasos y desviaciones evolutivas del infante que necesita una etapa más prolongada o alterada de relación simbiótica con la madre. Mientras no hace mucho veíamos simplistamente a la madre como única culpable en la obstrucción de una individuación saludable —el prototipo original era la madre “esquizofrenógena”— ahora buscamos las influencias mutuas del progenitor y el niño sobre un resultado dado, del proceso de individuación. Somos también conscientes de la tremenda carga soportada por los padres de la familia nuclear promedio enajenada de una matriz comunal significativa. A medida que las familias extensas y sus sistemas de valores se desintegran, los padres jóvenes intentan —con dificultad— formar nuevos sustitutos de la familia extensa mediante grupos de amigos con ideales comunes —incluso comunas experimentales— en los cuales se encargan recíprocamente del cuidado y la enseñanza de hijos de otros. Los padres que no tienen el apoyo de los marcos de orientación tradicionales para la crianza de los niños encuentran que ésta es una tarea aterradora y gobernada por

¹² Mahler, *On Human Symbiosis and the Vicissitudes of Individuation*, *op. cit.*, págs. 16-17.

¹³ En otra parte (David E. Schecter y H. Corman, “Some Developments in Early Parent-Child Interaction”, artículo inédito, 1970) informé con detalle sobre el desarrollo temprano de dos parejas madre-hijo que usaban este marco de referencia, que podemos llamar *desarrollo familiar*. Véase también el concepto de “diálogo” en Rene Spitz, “Life and the Dialogue”, *Counterpoint: Libidinal Object and Subject*, Herbert S. Gaskill (comp.) (Nueva York, International Universities Press, 1963).



la ansiedad que a menudo realizan con un espíritu de tranquila y enajenada desesperación. El adolescente y el joven usan una variedad de “vínculos secundarios” para alcanzar nuevos niveles de formas de relación semejantes a la simbiosis, sobre todo en la preparación para la tarea de criar una nueva generación.

En un trabajo reciente, “The Emergence of Human Relatedness”¹⁴, he tratado de reseñar la literatura sobre los orígenes del apego humano e indicar las muchas dimensiones de la experiencia que contribuyen a la formación de ese apego. Para examinar la sutil relación existente entre los conceptos de vínculo (*bonds*) humanos y esclavitud (*bondage*) humana será necesario sintetizar con algún detalle las raíces experienciales de las primeras relaciones humanas. Las fuentes de nuestros datos se derivan de la investigación sobre la infancia así como de nuestras propias investigaciones¹⁵. En el artículo mencionado afirmamos que las raíces del vínculo primario no podían reducirse al impulso oral, la necesidad de un contacto confortable, la reducción de la tensión, ni a las cinco “respuestas instintivas” primarias (mamar, asir, seguir con la mirada, llorar y sonreír) postuladas por Bowlby en 1958. Aunque es obvio que todos estos factores desempeñan un papel significativo, volvimos nuestra atención hacia la experiencia asociada con la estimulación sensorial y social y la *interacción recíproca* —a menudo lúdica y no forzosamente vinculada con impulsos o destinada a reducir la tensión— como elementos que constituyen la base del desarrollo del apego social específico. El rostro humano, cuando se presenta en la forma de una aproximación social —con movimientos de cabeza, sonrisas y vocalizaciones musicales—, es un evocador muy potente de la respuesta de sonrisa en el infante. Dentro de la Gestalt facial, los ojos, así como la boca, son elementos fundamentales en la determinación de la respuesta afectiva del infante¹⁶. Después de una cierta edad, un ceño que indica prohibición evoca en el infante una respuesta afectiva displacentera, en contraste con su respuesta de placer ante la sonrisa de un adulto. Este tipo de secuencia más o menos predecible fija los cimientos para ciertas formas básicas de pautas de conducta que, en interacción con la dotación temperamental constitucionalmente dada del infante, lleva a estructuras relativamente estables del carácter y la personalidad. Hemos visto cómo, mediante la experiencia recíproca de juego, el infante llega a participar y aprender que *él puede evocar* una respuesta social aun cuando no se encuentre en un estado displacentero de necesidad como en el hambre o el dolor. Consecuentemente, a medida que el niño desarrolla un sentido de su *potencia social* —es decir, la confianza en lograr un efecto en los demás— aprende que no sólo puede aliviar la tensión,

¹⁴ David E. Schecter, “The Emergence of Human Relatedness”, artículo incluido en una compilación de trabajos en conmemoración del 25º aniversario del Instituto William Alanson White (Nueva York, Basic Books, en prensa).

¹⁵ Este proyecto (“Estudios sobre el desarrollo del yo”), aún en desarrollo en el Colegio de Medicina Albert Einstein (Nueva York), fue hecho posible por el subsidio N° HD 01155-01 brindado por el Instituto Nacional de la Salud Infantil y el Desarrollo Humano.

¹⁶ Spitz, *op. cit.*

sino que puede realizar pautas de respuesta positivamente estimulantes e incluso lúdicas en relación con un compañero humano así como con objetos de distintos tipos. Estas dos clases de experiencia —efectuar 1) una respuesta social que lleva a reducir la tensión fisiológica de la necesidad y 2) una respuesta asociada con la estimulación social recíproca, incluido el juego— deben distinguirse entre sí, aun cuando puedan superponerse en la experiencia vital concreta. En épocas posteriores de la vida encontramos estructuras de carácter y relaciones que pueden corresponder en gran medida a cada clase de experiencia. Entre los ejemplos del primer tipo de relación (reducción de la tensión) se contarían las sociedades que logran un equilibrio basado en la reducción mutua de las tensiones asociadas con el sexo, el hambre, el sufrimiento psicósomático y la ansiedad. La segunda clase de relación estaría asociada sobre todo con la evocación de la respuesta social y la disposición del juego, así como con las complejas elaboraciones culturales subsiguientes. Sabemos que *cualquier* clase de experiencia agradable, incluida la fundamentalmente social y recíproca, *puede llegar a estar representada psicológicamente como una tensión, originada en la necesidad*. Eso está ilustrado con claridad en el lenguaje infantil: “Necesito que juegues conmigo”. Por consiguiente, el apego humano basado sobre todo en la interacción social puede desarrollar una *calidad de habituación* tanto como el apego que ha estado asociado sobre todo con la reducción de la tensión en el sentido fisiológico originario. Esta necesidad de tipo adictivo de lograr una respuesta, y todo lo que el individuo hará para producirla, representa una dimensión de la calidad de *esclavitud* del vínculo humano¹⁷.

Si consideramos con seriedad la idea de la *habituación* a una respuesta social, veremos cómo esta forma de hambre social puede constituir el suelo de la socialización y de la estructuración de diversas formas de relación, incluidos los tipos autoritario, sadomasoquista y conformista descritos por Fromm¹⁸. La observación de infantes humanos indica

¹⁷ Las definiciones de las palabras “bond” (vínculo) y “bondage” (atadura) que aparecen en el diccionario (*Oxford Universal*, 1955) se superponen en una medida que asombra. Utilizamos “bond” en el sentido de un lazo o apego social y emocional. En el concepto de “bondage” queremos subrayar la calidad de estar “atado”, “amarrado” o “sometido a alguna atadura, influencia u obligación”. Psicológicamente, el “bondage” se reconoce en gran medida por las cualidades de compulsión, obligación, sometimiento y pasividad del yo. Cuando hablamos de un “vínculo” (sin atadura), existe aún la capacidad para una libertad relativa, actividad y cambio evolutivo dentro de la asociación.

¹⁸ Bowlby (*op. cit.*, págs. 212-213) informa cómo cachorros de perro aislados que, puestos en contacto con un experimentador humano, eran físicamente castigados, pronto dejaron de escapar del ser humano —después de que el castigo terminaba— y en realidad pasaban con él más tiempo que los cachorros de control cuyas aproximaciones tras el aislamiento habían sido recompensadas con “mimos y buen trato”. Resultados similares mostraron que los borregos, al igual que los cachorros, desarrollaban apego a pesar de recibir castigos de un compañero. De modo análogo, sabemos que el aislamiento de hombres en “centros de reeducación” produce fuertes anhelos de contacto, y que en las situaciones críticas los hombres se muestran sumisos y psicológicamente maleables de acuerdo con el fenómeno descrito como “lavado de cerebro”.



que, una vez formado un apego preferencial específico con la madre —por lo general entre los cuatro y los siete meses—, en los meses siguientes ésta se convertirá en la figura cada vez más preferida y buscada a pesar de las frustraciones y castigos que pueda sufrir el infante en el interin¹⁹. A partir de este mismo logro evolutivo, durante el segundo año de vida —psicoanalíticamente relacionado con la constancia de objeto— el niño se vuelve capaz de experimentar cuidados y preocupación por otro ser humano, lo que dará lugar a lo que Fromm describió como amor maduro²⁰. Lo que queremos señalar aquí es que a partir del desarrollo de las formas originales de relación simbiótica pueden producirse las desviaciones psicóticas más distorsionadas (v.g., la psicosis simbiótica), las variedades y grados comunes de relación simbiótica²¹ o la forma más madura de amor. El destino de la etapa evolutiva simbiótica depende en gran parte de las vicisitudes del proceso de individuación que ahora consideraremos.

II. Individuación, desapego, aislamiento

Los procesos de esta clase difícilmente puedan considerárselos homogéneos; con todo, tienen en común —a diferencia de la tendencia a la fusión simbiótica— la creciente diferenciación y estructuración hacia un sentido más delineado del yo. Incluimos en esta clase los procesos que pueden llevar a una integración saludable tanto como aquellos que conducen a distorsiones de la individuación. Hay signos de un sentido naciente del yo en el primer año de vida, a medida que el infante recuerda y anticipa hechos, y llega a discriminar entre su madre, él mismo y los demás. Mientras la maduración junto con la facilitación hace esto posible, el niño comienza a hacer por sí mismo lo que otros hacían por él: se alimenta, manipula objetos y juguetes para producir un determinado resultado, se traslada —por fin en la postura erecta—, decide respecto de un curso de acción, aun cuando esto signifique *negar* u *oponerse* a quienes están más próximos a él. Incluso aprende un gesto y una palabra —“No”— para expresar semánticamente sus esfuerzos autónomos. Como señaló Spitz²², el “No” es, en un sentido básico, un primer signo de afirmación del yo como entidad que toma decisiones. Y es mediante la *toma de decisiones*, la *fijación de metas* y el *dominio*

¹⁹ Es interesante señalar que, de acuerdo con el trabajo de R. Schaffer y P. Emerson (“The Development of Social Attachments in Infancy”, *Monograph of Society for Research in Child Development* 29:3, 1964, págs. 1-77), las variables asociadas con las figuras hacia las cuales los niños desarrollaron apego fueron: 1) la velocidad con la cual una persona respondía al infante, y 2) la intensidad de la interacción de la que el bebé participaba, más que la función del cuidado materno en el sentido estrecho de alimentar, cambiar los pañales, etc.

²⁰ Erich Fromm, *The Art of Loving* (Nueva York, Harper and Bros., 1956), págs. 108-129.

²¹ Estas están descriptas con algún detalle en Fromm, *El corazón del hombre*, en el capítulo sobre los vínculos incestuosos, págs. 95-113.

²² Rene Spitz, *No and Yes* (Nueva York, International Universities Press, 1957), pág. 129.

de metas que se experimenta en su más alta intensidad el sentido del yo.

Con estos excitantes logros (de la segunda mitad del primer año y del segundo año de vida) se presentan algunas complicaciones que pueden llegar a ser penosas. El mismo logro del sentido del yo expone al pequeño a una conciencia de ser *observado* y *evaluado*, dando lugar a la conciencia de sí y a la posibilidad de la *vergüenza* y la *duda*²³. La referencia bíblica de Fromm a la Caída del Hombre ilustra algunos de los problemas de esta etapa de la evolución. Cuando el hombre come del Arbol del Conocimiento (conciencia de sí), se encuentra separado de la Naturaleza (incluida la madre) y es *avergonzado*. En este punto, el niño —igual que los primeros hijos de Dios— comienza a *cubrirse* con la conciencia de sí y maneja su *presentación social*²⁴. Gradualmente se vuelve muy consciente de que un acto socialmente desaprobado dará lugar a un gesto de desagrado, o más sutilmente, pero no con menor potencia, al retiro de comportamientos maternos que reducen la ansiedad o inducen seguridad. Un asombroso ejemplo de la miríada de modos en que una madre puede reducir la ansiedad de su hijo es el modo en que ella mediará ante la presencia de una persona, estímulo o ambiente extraños. Su “mágica bendición” —por ejemplo, su vocalización o toque del objeto extraño— lo “destoxificará” para el niño, el que entonces se sentirá libre para relacionarse con él y explorarlo.

La madre, o su sustituto, es también un *hogar base* desde cuyo santuario el niño puede hacer incursiones en lo novedoso y lo extraño y volver cuando necesite reasegurarse, o lo que Mahler y Furer²⁵ han llamado “recarga emocional”. Este modelo del niño en edad de hacer pinitos que usa la madre como *hogar base* a partir del cual explorar por su propia cuenta es análogo —y sin duda está relacionado— a los procesos intrapsíquicos que tienen lugar al mismo tiempo. Hay una oscilación paralela entre los estados psíquicos de fusión simbiótica y los estados de creciente limitación del yo. Los niños muestran estas variaciones que van de estados de fatiga, enfermedad o temor a estados en los que persiguen metas con autonomía, por ejemplo, cuando están dedicados a alguna tarea difícil. Como adultos, también nosotros podemos experimentar un espectro respecto de la limitación del yo: el “sentimiento oceánico”, el estado orgiástico, la experiencia mística, comunal o provocada con drogas representan para algunos individuos un relativo eclipse o pérdida de los límites del yo, mientras otros estados, como la concentración intensa, soledad, los temores a la separación o la muerte, pueden estar asociados con el sentimiento de límites del yo relativamente impermeables.

Sabemos cuán importante es para el niño de jardín de infantes “descansar” cada tanto de su nivel de funcionamiento más individuado que

²³ Eric Erikson, “Identity and the Life Cycle”, *Psychological Issues* 1:1 (1959), págs. 65-68.

²⁴ Para desarrollos posteriores de esta tendencia, véase E. Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life* (Garden City, Nueva York, Doubleday Anchor Books, 1959), el concepto de “persona” de Jung y el de “falso yo” de Winnicott.

²⁵ Mahler, *On Human Symbiosis and the Vicissitudes of Individuation*, op. cit.



se le requiere en la escuela. Este “descanso” puede incluir el uso de un objeto transicional²⁶, y juegos o fantasías durante las cuales el niño puede experimentar una fusión simbólica o proximidad con la madre durante cortos períodos. *La libertad relativa para oscilar entre las formas simbióticas e individuadas de relación tiene, en todas las etapas del desarrollo, una importancia que nunca se subyará en demasía*. Debido a la complejidad de las cuestiones relacionadas con esta afirmación, es más fácil enunciarla que ofrecer una prescripción en cuanto al desarrollo. El padre y educador sensible capta intuitivamente la necesidad de ese flujo, en los estados del yo. La libertad de oscilación —dentro de límites realistas— proporciona la posibilidad de que el yo logre un equilibrio natural antes que forzado en relación con la polaridad de sus esfuerzos hacia la fusión, por una parte, y hacia la individuación y la separación, por la otra.

En todos los desarrollos psicológicos teóricos se corre el peligro de convertir el último descubrimiento en un valor o ideal definitivo. Creo que esto ocurrió hace algunos años con el concepto de autonomía del yo, con el cual llegó a asociarse la cúspide del desarrollo humano individual²⁸. En los últimos años se inició una contrarreacción, con un creciente interés por los diversos grupos sociales de carácter místico, por las drogas que borran los límites y los seductores trabajos de autor como Norman O. Brown, quien ve al verdadero cuerpo físico como humanidad, mientras desvaloriza al yo individual considerándolo una persona culturalmente inducida²⁹. El problema que se nos presenta siempre respecto del desarrollo humano es de equilibrio antes que del logro de puntos finales idealizados. Sólo después de tener un centro individual, puede el yo abandonar voluntariamente sus límites (como en

²⁶ D. W. Winnicott, “Transitional Objects and Transitional Phenomena”, *International Journal of Psycho-Analysis*, 34 (1953), págs. 1-9. Reproducido en *Collected Papers* de D. W. Winnicott (Londres, Tavistock Publications, 1958).

²⁷ Esta oscilación se superpone, pero de ningún modo es idéntica, a los procesos mentales descritos por Freud como “primarios” (deseos) y “secundarios” (reales, lógicos).

²⁸ Rapaport ha desarrollado la noción de autonomía del yo (David Rapaport, “The Theory of Ego Autonomy: A Generalization”, en *The Collected Papers of David Rapaport*, Merton M. Gill [comp.], Nueva York, Basic Books, 1967, págs. 722-745) y los conceptos de actividad vs. pasividad del yo (David Rapaport, “Some Metapsychological Considerations Concerning Activity and Passivity”, en *The Collected Papers of David Rapaport*, op. cit., págs. 530-569) de un modo sumamente esclarecedor. Es interesante para la historia del movimiento psicoanalítico que Rapaport —un destacado estudioso de la metapsicología— reconociera con entusiasmo las contribuciones de Fromm a la comprensión de la individuación y la actividad pasividad del yo como “momentos de crecimiento” en los desarrollos psicoanalíticos (conferencias de Rapaport sobre “Los puntos de vista de la metapsicología”, pronunciadas en el Instituto de Psiquiatría y Psicoanálisis William Alanson White los días 22-23 de mayo de 1959). No obstante, con excepción de referencias superficiales hechas al pasar (v.g., *The Collected Papers of David Rapaport*, op. cit., págs. 921), en ninguna parte de la voluminosa obra escrita por Rapaport es adecuadamente reconocida la contribución de Fromm respecto de los problemas mencionados. Para referencias específicas sobre este tema, véase el Apéndice al final de este capítulo.

²⁹ Norman O. Brown, *Love's Body* (Nueva York, Random House, 1966).

amor orgiástico o la experiencia mística) sin pérdida de la integridad³⁰. De allí el peligro que encierran las drogas para el adolescente todavía en desarrollo y cuyo sentido de la identidad y cuyos límites son todavía muy débiles.

En la experiencia psicoanalítica con un individuo concreto, una de nuestras tareas es descubrir los desequilibrios o fuerzas en conflicto de la polaridad fusión-individuación. Podemos aprender acerca de estos conflictos de la personalidad volviendo al desarrollo temprano. Cuando un niño tiene el sentimiento seguro de tener una “madre hogar-base” a la cual volver, iniciará activamente incursiones en territorios extraños sin manifestar ansiedad cuando retorna³¹. Sin embargo, cuando es *dejado pasivamente* por la madre, en especial después de los siete meses, experimenta ansiedad y protestará activamente tratando de seguir a su madre. Este intenso apego disminuye sólo de modo gradual en el tercer año de vida y durante el resto de la niñez, aflojándose significativamente en muchas culturas durante la adolescencia, aunque el apego a la madre persista de algún modo durante toda la vida³².

La vigilancia del niño para evitar o deshacer la separación potencial es otro caso en el cual el vínculo originariamente inocente con otro ser humano (la madre) llega a ser internalizado como el sentimiento de estar “enrampado” o de ser “poseído”.

En este sentido, queremos ocuparnos sobre todo de un conjunto de reacciones, con más precisión del *desarrollo de defensas* contra estos *sentimientos de esclavitud* que están asociados con el temor al abandono. Bowlby³³ ha descrito niños normales (de uno a tres años) que cuando eran dejados en el hospital sin la madre manifestaban reacciones que podían describirse según tres etapas:

1. Protesta: llanto intenso, rechazo de figuras sustitutivas, con manifestaciones expectativas de que la madre retorne.
2. Desesperanza: con un comportamiento que sugiere una creciente y profunda aflicción (por ejemplo, alejamiento, inactividad, falta de demandas).
3. Desapego: una recuperación del interés por los alrededores, aceptación de los cuidados y los alimentos proporcionados por sustitutos de la madre, aunque cuando ésta hace su visita hay una “asombrosa ausencia del comportamiento característico del fuerte apego normal a esta edad”. El niño con el tiempo *“se comprometerá cada vez menos con*

³⁰ D. T. Suzuki ha subrayado que la experiencia que el budismo zen denomina *satori* (en la cual el individuo siente que es uno con la Naturaleza) viene después de un gradual desarrollo de las realizaciones personales, incluida la formación de límites del yo. Señala además que se trata de una experiencia cumbre que no podemos tener la esperanza de mantener, viviendo como vivimos durante casi todo el tiempo en las planicies de la vida. (Comunicación personal, 1957).

³¹ Véanse los interesantes experimentos de Rheingold en este sentido (Harriet L. Rheingold y Carol O. Eckerman, “The Infant Separates Himself from His Mother”, *Science* 168:3927, 1970, págs. 78-83).

³² Bowlby, op. cit.

³³ *Ibid.*, págs. 26-28.



las *figuras sucesivas*³⁴, mostrándose cada vez más centrado en su yo, más “preocupado por cosas materiales como dulces, juguetes, alimentos”.

Con independencia de las diferentes variables que actúan en estas situaciones, pareciera que la separación de la madre fue el factor fundamental de la serie de reacciones descripta.

Tennes y Lampl³⁵ comunicaron hace poco tiempo significativos hallazgos —que en gran medida confirman observaciones espontáneas— en infantes “normales” a los que experimentalmente se separó de sus madres durante breves períodos y con intervalos de dos meses, entre los seis y los 36 meses. Los autores describen una cantidad de clases de reacciones a las que consideran defensas contra la ansiedad de la separación; *reacciones que, desde luego, pueden representar precursores prototípicos de los principales sistemas defensivos que el ser humano manifiesta durante toda su vida.*

1. Después que la madre abandonaba el cuarto de la experiencia y los niños lloraban, eran tomados por la niñera. En su mayor parte, los infantes *evitaban visualmente* a la niñera desconocida, pero en varios casos se relajaron por completo en una postura regresiva que los autores interpretaron como *una tentativa de restitución cinestésica* del objeto perdido.

Cualquiera que sea la interpretación que demos a esta conducta, sin duda es similar a aquella en la que el niño se encuentra muy relajado o es amamantado, en presencia de su verdadera madre. Cuando el bebé mira a la investigadora desconocida, descubriendo que ella es “no-madre”, estalla en lágrimas una vez más.

2. Una segunda categoría de respuestas ante la ausencia de la madre es la que vemos más comúnmente: la *tentativa activa de dominio*, tratando de seguir a la madre perdida para recuperarla. De este modo, una vez que podía caminar, el niño trataba de hallar a su madre, y si su intento no resultaba frustrado, no se observaban las reacciones regresivas que hemos descrito³⁶.

3. Cuando las tentativas del infante de seguir a su madre eran bloqueadas mediante una puerta cerrada, algunos reaccionaban con ira, pateando, golpeando o gritando. Después de estos estallidos, aparecían algunas reacciones caracterizadas por la *inhibición de la actividad*, incluso las posturas encorvadas de tristeza observadas en las experiencias de Kaufman y Rosenblum³⁷ con monos recién nacidos a los que se había separado de sus madres.

³⁴ El subrayado me pertenece (D. E. S.).

³⁵ Katherine H. Tennes y E. Esther Lampl, “Defensive Reactions to Infantile Separation Anxiety”, *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 17:4 (1969), págs. 1142-1162.

³⁶ Gran parte de la psicopatología que más tarde vemos clínicamente representa los rodeos que ha desarrollado un yo que se siente ansioso, débil u obstruido en el logro de sus metas.

³⁷ L. Rosenblum e I. Kaufman, “The Reaction to Separation in Infant Monkeys: Anacletic Depression and Conservation-Withdrawal”, *Psychosomatic Medicine*, 29 (1967), págs. 648-675.

Tanto las interpretaciones de Tennes y Lampl como la de Kaufman de estas respuestas inhibitorias conciernen a la agresión: en el primer caso, la inhibición es vista como una reacción ante los propios impulsos agresivos del infante; en el segundo caso, como un modo de reducir la provocación a la agresión de los adultos restantes y como un modo de provocar respuestas confortantes. Aunque estas explicaciones sin duda son muy significativas en algún momento del desarrollo, la experiencia de la *inutilidad* (pérdida de la esperanza) y el desamparo, postulada por Tennes y Lampl, parece más fundamental para las expresiones observables de tristeza y sollozos de los infantes —así como para la *inhibición de la actividad*—, todos afectos que, desde un punto de vista fenomenológico, aparecen como completamente distintos de la ansiedad y la inquietud, o de la ira y la rabia. De este modo, al frustrar la meta y el propósito centrales del infante, hallamos la depresión infantil y los precursores de un tipo depresivo de reacción, una hipótesis formulada por Fromm y otros en oposición a la teoría de un impulso agresivo primario como fuente principal del comportamiento destructivo o depresivo del hombre³⁸.

Los trabajos de Bowlby y de Tennes y Lampl son reseñados con algún detalle debido a las importantes consecuencias que pueden tener sus observaciones para el *desarrollo del carácter*. Ambos grupos de observaciones se derivan esencialmente de la *separación física* del niño normal de su madre. En la segunda mitad del primer año de vida —y cada vez más a medida que crece—, el niño comienza a *anticipar* que la madre puede dejarlo, que él puede ser abandonado, en especial si él es *malo* o tiene una *madre mala*, según llega a representarse, en parte, a sí mismo y a su madre. Entonces las separaciones físicas no serán necesarias para dar lugar al temor al abandono; bastarán las “separaciones simbólicas”. Esas separaciones, como las físicas, son parte de la vida; pero resultan exaltadas cuando el niño no ha logrado internalizar de modo apropiado una *buena relación* entre él mismo y sus figuras significativas. Este es un banco de memoria al que puede recurrir cuando está concretamente solo o se siente aislado por diversas razones, como cuando la madre lo desaprueba o le impone prohibiciones con ansiedad, o *se aleja psicológicamente* —haciendo “el muerto”— mostrándose insensible o, de diversos modos, no siendo “la madre familiar que me hace sentir bien”. En estas condiciones, vemos que hay una variedad de mecanismos a los que el niño puede recurrir para enfrentar la situación, incluso la regresión y el *desapego con la pérdida implícita de la esperanza de lograr una buena reunión*. Mediante el desapego el niño se protege, por así decirlo, sellando sus límites y evitando el intercambio afectivo interpersonal. Puede dar la apariencia de independencia, o

³⁸ El desarrollo del sentimiento de inutilidad como un afecto crónico subyacente a la vida tiene una obvia importancia en nuestros tiempos en que los modos depresivos y violentos de expresión parecen ser el principal desafío que enfrenta nuestra sociedad. Para un penetrante análisis de la esperanza y la desesperanza, véase Fromm, *The Revolution of Hope* (Nueva York, Harper & Row, 1968) y, desde una perspectiva diferente, E. Stotland, *The Psychology of Hope* (San Francisco, Jossey-Bass, 1969).



de una *individuación precoz real* y confianza en sí mismo, pero al precio de su esperanza de retornar a un verdadero compromiso en la relación humana, según lo describe Bowlby en sus etapas de Desesperanza y Desapego. Desarrollará entonces por los objetos que las personas pueden dar un interés mayor que por las personas mismas. Por así decir, el niño desarrolla un “espíritu de consumidor” y aprende a poner en el mercado sus encantos para obtener recompensas específicas. (En algunas familias, esta conducta no es sólo el resultado de la privación de la relación recíproca, sino que es concretamente enseñada y fomentada como un modo dominante de relación interpersonal.) El carácter resultante descrito aquí supone la represión, el aislamiento y la segregación de los afectos cálidos y gozosos vinculados con la relación recíproca. En casos patológicos extremos vemos defensas de tipo autista en personas diagnosticadas como aislados autistas o esquizoides. Con mayor frecuencia, como lo describió Fromm, el “carácter desapegado” es considerado “normal” y se adecua bastante bien a la descripción que hace este autor de la “conformidad de autómata” vista, por ejemplo, en lo que se solía llamar el “hombre organización”.

En las defensas que suponen el desapego hay también aspectos potencialmente *saludables*. Para los traumas de separaciones necesarias, el desapego puede ser un útil mecanismo adaptativo, si no se vuelve crónico y parte de la estructura central del carácter. Además, ante ciertos tipos de padres y maestros, los niños necesitan defensas contra las usurpaciones emocionales de tipo simbiótico o intrusivo. En diversos momentos del desarrollo pareciera necesaria una actitud de desapego para mantener la propia integridad individual y creadora³⁹.

Un breve comentario sobre la resolución de la ansiedad de separación. De manera muy interesante, en el Libro del Génesis hay un mandato que afirma: “Dejarás a tu padre y a tu madre y te unirás

³⁹ Maurice Sendak, en su delicioso libro para niños —*Pierre* (Nueva York, Harper & Row, 1962)— a los que “no les importa” revela gráficamente cómo el desapego defensivo de un niño puede convertirse en una actitud hacia la vida en general, en un temor a depositar el cuidado o el interés en alguien o algo, en parte como protección ante la posible pérdida de ese alguien o algo. Muchos niños y adultos reconocen plenamente el acuciante dilema de Pierre cuando se encuentra encerrado en su propio desafiante desdén por el cuidado o el apego. *De este modo, el niño y el adulto pueden estar igualmente atados por sus defensas contra el apego así como por las diversas formas de apego simbiótico.*

Es interesante señalar que H. S. Sullivan describió la reacción de *desapego soñoliento* y *apatía* del bebé estimulado en demasía por la ansiedad o tensiones excesivas provenientes de otras fuentes. De esta manera, pareciera haber un hilo de continuidad —quizás a diferentes niveles de complejidad— entre las reacciones de desapego que recorren la infancia, la niñez y la vida adulta. Durante la adolescencia, mantenerse “frío” —o aun aislado— puede tener una útil significación adaptativa temporal en la búsqueda de identidad o, por otra parte, representar un cierre prematuro del desarrollo en la forma de una identidad desapegada. Creo que, entre los adultos, es este tipo de defensa arraigada del carácter el que explica la observación de Fromm en el sentido de que la mayor parte de nuestros ciudadanos están “medio dormidos” (soñolientos) y enajenados de sus posibilidades de sentir. No obstante, incluso los adultos necesitan proteger a veces su integridad mediante mecanismos de desapego y aislamiento.

(*cleave*)⁴⁰ a tu esposa”. Este mandamiento proviene de Dios (el creador “paterno” del hombre) y representa el permiso, el estímulo y la necesidad de separarse de la matriz simbiótica. Al mismo tiempo, el hombre no está destinado a la soledad; se le da una orientación de reafiliación a alguien exterior a su familia. Por cierto, esta referencia bíblica coincide con lo que observamos en el desarrollo del niño y del adolescente.

A medida que el niño desarrolla identificaciones positivas con diversas funciones paternas amantes, protectoras y facilitadoras, se encuentra más equipado para pararse sobre sus propios pies y capaz de cuidarse a sí mismo y de cuidar a los demás (interdependencia). En circunstancias afortunadas para el desarrollo se presenta una ampliación cada vez mayor del círculo de personas dignas de confianza, que va de la madre, el padre, los hermanos al grupo de pares hasta una variedad cada vez mayor de hermanos y hermanas humanos, incluso aquellos que al principio eran definidos como “extraños”⁴¹. Estos desarrollos se entretienen estrechamente con la resolución de los celos triangulares edípicos, uno de cuyos problemas básicos es el fracaso en la tentativa de superar los apegos exclusivos, simbióticos y postsimbióticos, mediante una adecuada individuación y la capacidad de compartir. Las probabilidades de desarrollar una capacidad de compartir son mayores cuanto menos se nos cría de acuerdo a los principios económicos y psicológicos de la escasez (K. Marx).

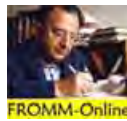
Todo aquello que descubrimos respecto de necesidades y elementos nutricios para el crecimiento y desarrollo saludable del hombre —y para la prevención del sufrimiento y la constricción emocional y mental— se convierte en una fuente potencial de cambio social. En realidad, los problemas requieren soluciones mucho más complejas que dejar caer gotas de vitaminas psíquicas con el dosaje y en el momento apropiados⁴².

Los escritos y las enseñanzas de Erich Fromm han tenido un efecto perdurable e inspirado por lo menos a dos generaciones de personas reflexivas de diversas profesiones, revelando, de manera radical, los aspectos en que se apuntala nuestro funcionamiento social y psíquico, y ofreciendo nuevas orientaciones y esperanzas para un desarrollo saludable.

⁴⁰ La palabra “*cleave*”, de modo bastante interesante, tiene un doble significado, expresando las dos tendencias polares de las que nos hemos ocupado: 1) “*aferrarse, adherir*”; 2) “*separar, dividir, partir*”.

⁴¹ La importancia que otorga Fromm al amor al extraño como condición para el logro del amor maduro es sumamente significativa en esta secuencia del desarrollo (Fromm, *The Art of Loving*, op. cit., pág. 129).

⁴² Por otra parte, en un nivel más modesto, la obra de pioneros como Spitz y Bowlby sobre niños pupilos u hospitalizados ya ha tenido una influencia significativa sobre la estructura de las instituciones relacionadas con etapas cruciales del desarrollo infantil.



Apéndice

Corre a través de los escritos de Fromm una ininterrumpida preocupación por los conceptos de *actividad* y *pasividad* en el sentido que en los últimos tiempos les ha dado la psicología del yo en términos de actividad y pasividad del yo. De este modo, en *Man for Himself*, Fromm señala que la actividad o “productividad” resulta mejor definida en *relación con* “las condiciones psíquicas subyacentes que gobiernan las actividades”. En Fromm, la polaridad actividad-pasividad es definida de diversas maneras como:

1. Actividad improductiva o sometida en el sentido *interpersonal* de la sumisión del hombre a una autoridad *externa*, como en el estado hipnótico.
2. Sumisión a la autoridad *interna*, como ante un despótico sentido del deber.
3. “Actividad de autómatas”, donde la actividad depende de la sumisión por *conformidad* a una “autoridad anónima” relacionada con las pautas más amplias de la cultura tales como la opinión pública, la convención, etcétera.

En estos tres ejemplos encontramos, de hecho, definiciones de lo que corresponde estructuralmente a la *pasividad del yo*.

Fromm considera a las pasiones como la fuente de actividad más poderosa (*Man for Himself*), pero en varios casos claramente relaciona “actividad productiva” con:

1. *Control* activo independiente a diferencia del esfuerzo compulsivo (*El miedo a la libertad*).
2. *Trascendencia* (*El miedo a la libertad*), que implica una organización de la actividad en niveles “superiores” de funcionamiento integrador. El hombre “cambia su papel ante la naturaleza pasando de la adaptación puramente pasiva a un papel activo; produce”.

(1) y (2) serían ejemplos en los que las funciones del yo se ejercerían en un sentido “activo”. Fromm siempre está alerta ante la tentación de equiparar sumisión a adaptación, una tentación en la que se cae no pocas veces en el campo de la psicología.

En un libro reciente, *La revolución de la esperanza*, al adoptar la expresión “disposición a la actividad” (*activeness*), como diferente de la actividad manifiesta, deja en claro que se está refiriendo a lo que podemos llamar una “cualidad” del yo, y no a una mera manifestación de movimientos activos, según el sentido lexicológico habitual de la palabra.

CAPÍTULO VI

LA SOLUCION DEL MACHISMO *

Aniceto Aramoni

El machismo —de la palabra macho— es un modo de ser, una solución cultural específica a los problemas existenciales de la vida, que puede considerarse positiva o negativa según el punto de vista que se adopte. Denota características viriles exageradas que van desde las proezas genitales masculinas y un tipo específico de coraje, hasta un modo especial de resolver las controversias humanas mediante la demostración de un orgullo y un arrojo descollantes; también expresa una actitud contrafóbica específica hacia las mujeres, y las ansiedades de la vida y la muerte.

Desde una perspectiva exterior, el machismo representa una lucha esencialmente inútil y destructiva que realiza el hombre para superar el sentimiento humillante de ser como un niño ineficaz, en especial a los ojos de su madre. Es un malaventurado drama donde el hombre, dolorosamente apegado a la madre, las hermanas y la Virgen, busca la admiración y el culto exclusivos de éstas.

Compensando en demasía sus agudos sentimientos interiores de inadecuación y culpa, el machista se pavonea durante toda su vida dando y buscando desafíos a los que puede responderse con sangre. Sin embargo, en esta absurda lucha hay un esfuerzo positivo que, a su propia manera, sintetiza el problema fundamental de cualquier persona que trata de salir de una profunda simbiosis; es decir, el machista se ve llevado a negar su propia debilidad, extrema dependencia y una corriente interior regresiva, y trata de hacerlo dominando a los demás.

En otras palabras, el machismo es una respuesta peculiar de México —una respuesta perturbada— a la búsqueda universal de individuación, dignidad y relación con los demás. Una persona puede enfrentarse con un invasor sentimiento de temor e inadecuación de muchos modos diferentes. La respuesta del machismo consiste en no ceder ante este sentimiento, no rendirse a la depresión y la apatía, sino irse al extremo opuesto: trascender el temor universalmente insoportable a la soledad y la debilidad representando ser más fuerte, más glorioso.

Como tan bien lo describió Fromm en *El miedo a la libertad*, la necesidad de dominar a otra persona (la esencia del sadismo) es una solución falsa que surge ante la ausencia de un establecimiento activo

* A lo largo de todo el capítulo, las palabras “macho”, “machismo” y “machista” aparecen en castellano en el original (T).